

A black silhouette of a man wearing a wide-brimmed hat, shown in profile from the chest up, looking towards the right. The background is a blurred, light-colored wall with a grid-like pattern.

UNA NOVELA DE DON  
EL MILLONARIO  
QUE LLEGA  
DONDE LA JUSTICIA  
NO PUEDE

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

**PABLO POVEDA**

**MIEDO**

Alguien conoce el secreto de Don. Su vida está en peligro. Ha sido acusado como el responsable de la muerte de un hombre, pero esta vez, no ha sido él. Mientras intenta recuperar su relación con Marlena, el arquitecto viajará a Berlín para encontrar al causante de sus problemas.

Sumérgete en este *thriller* psicológico cargado de acción y aventura, por la calles de Alemania, España y Suiza.

Una nueva historia plagada de misterio, suspense y adrenalina que llevará al lector a meterse en la piel del personaje. Una intrépida novela en la que, los buenos, no son tan buenos como parecen.

# CAPÍTULO 1

*Terraza del Casino de Madrid (Madrid)*  
*6 de mayo de 2016*

El cielo azul raso se oscurecía con el crepúsculo de la noche. La capital española se iluminaba en una noche primaveral de brisa fresca aunque no molesta. En la calle Alcalá, la fachada del Casino de Madrid brillaba con esplendor. Un edificio de estilo modernista, acorde con las tendencias del siglo XIX en Europa, de tres alturas y una terraza, en el que las clases altas de los siglos XIX y XX se reunían para debatir y ampliar sus relaciones sociales.

En la terraza del edificio, bajo la luz de farolas que iluminaban la amplia superficie y rodeado de mesas de mantel de tela oscura, Don vestía americana y camisa blanca y sostenía el cuello de su copa de cava. Frente a él, la mirada inquieta de Sandra, una joven modelo de brazos finos, piernas largas y melena rubia que caía sobre sus hombros. No era una cita, ni un encuentro profesional. Más bien, era una reunión esporádica que terminaría con los dos en la cama del arquitecto. Un cúmulo de esperanza en la chica con ansias de formalizar aquello.

El camarero, vestido de chaqueta blanca y pajarita negra, sirvió una ensalada Caprese y un plato de *ravioli* de cigala con caldo de galeras.

Don observaba en silencio el entorno. Dos meses no habían sido suficientes para olvidar lo sucedido en Riga. Ni tampoco esa horrible nota. Pese a los esfuerzos, su chófer,

Mariano, no había logrado todavía sacar nada en claro. No tenía miedo. Para él, no era más de una reacción animal producto de los instintos de supervivencia. El arquitecto estaba ansioso por saber quién se encontraba detrás, quién había tenido la valentía de cruzarse en su camino. Una vez hubiese dado con su identidad, todo se reduciría a una caza sigilosa. Para más inri, su relación con Marlena se había congelado. La chica le robaba demasiadas horas de sueño, de trabajo, de energía... Pero las reglas eran las que eran y no estaba dispuesto a arriesgar su vida por un puñado de sentimientos. En ocasiones, Don se preguntaba por qué hacía todo aquello, por qué se lastimaba a sí mismo de ese modo. Después tomaba aire, suspiraba con profundidad y regresaba al presente. Las normas no habían sido creadas para romperlas deliberadamente.

—¿Sabes Ricardo? —Dijo la modelo dando llevándose una porción de ensalada a su plato con los cubiertos—. Es la cuarta vez que cenamos juntos y tengo la sensación de que estamos en la primera cita.

Él guardó silencio y penetró con su mirada en el alma de la chica.

—Las cosas buenas... —contestó el arquitecto dejando la copa sobre la mesa—. Se hacen esperar. Con el tiempo te darás cuenta.

—Es que no sé nada de ti —respondió la chica indignada—. Solo sé que trabajas y que tienes un apartamento.

Don hizo una pausa, guardó silencio y sintió una ligera tensión en la conversación. Después dio un trago a su copa. Las pausas eran su especialidad. Con el paso de los años, había aprendido a escuchar el vacío del silencio mientras el resto de humanos se esforzaba por llenarlo de banalidades.

—¿Y no crees que es suficiente?

La chica sopesó la pregunta y se tocó el pelo. Parecía abrumada.

El tono de voz del arquitecto carecía de hostilidad.

—Las personas se abren —explicó ella—, a medida que se conocen. Es una forma de generar confianza, seguridad... Tú pareces tan hermético...

Él sonrió.

—Esa seguridad de la que hablas es ilusoria —dijo inclinando el rostro hacia abajo y sosteniendo la mirada. El tono con el que se dirigía a la chica era profundo y grave—. De todos modos, a ninguno nos interesa el prójimo.

—Te equivocas —replicó Sandra—. A mí me gustan las personas por cómo son, por eso debo conocerlas primero.

—A ti te gustan por cómo te hacen sentir —dijo él y sonrió. Sus miradas se eclipsaron. Don supo que esa noche no dormiría solo—. Pero si tanto interés tienes... Soy hijo único. No tengo hermanos.

Sandra sucumbió a los encantos del español. No era la primera vez que lo intentaba y, de algún modo, sabía que hablar con él era como lanzar una pelota contra una pared de frontón.

El arquitecto se divertía con la compañía de la joven. A pesar de que ambos fueran conscientes de los límites de su relación, encontrarse con ella le ayudaba a olvidar las preocupaciones que le robaban las noches. Tras la cena, Don se hizo cargo de la cuenta y ambos abandonaron el lujoso edificio hasta la calle, donde se encontraba su chófer a bordo del Audi negro. Los transeúntes que pasaban por los alrededores observaban curiosos la situación. A pesar de los tiempos que corrían, seguía sorprendiendo la presencia de un conductor privado.

—Buenas noches, señor —dijo Mariano cuando se bajó del coche para abrir la puerta de la modelo—. Espero que hayan tenido una velada agradable.

—Así ha sido —respondió el arquitecto. La chica entró en el interior y los dos hombres se miraron con complicidad antes de subirse al sedán. El conductor conocía sus límites y solo otorgaba su consejo cuando el arquitecto así lo pedía. Varias habían sido las ocasiones en las que Mariano ha-

bía insistido a Don para que se enfrentara a sus demonios y pusiera orden en su corazón. Enfrentarse a Marlena y a todo lo que ello suponía, de un modo u otro, daría carpetazo al vaivén de distracción en el que Don se había visto inmerso desde su llegada del país báltico.

Ambos sabían que no existía nada malo en disfrutar de una buena compañía sin ataduras ni compromisos. Era lo que Don había hecho siempre, a pesar de que su chófer conociera el poso de la razón. Él siempre había sido hombre de una mujer, de su única esposa. Por el contrario, huir de lo real, de las emociones sumergidas en las entrañas, no haría más que posponer una situación agravante que terminaría con todo su mundo bajo control. El chófer preocupado miró por el espejo retrovisor y encontró a la pareja en un cruce de miradas.

—¿A dónde vamos, señor? —Preguntó y observó a la chica. Por su forma de mirar, no tardaría en devorar al arquitecto en cuanto tuviese ocasión.

—A casa, Mariano —respondió Don—. He tenido bastante por hoy.

—Que así sea.

Pulsó el botón de arranque automático y tomó dirección al Barrio de Salamanca.

Frente a la fachada del espléndido edificio en el que residía el millonario, la pareja abandonó el vehículo y el chófer desapareció entre el ruido de coches de una ciudad que jamás dormía.

Apenas llegaron al ascensor, sus cuerpos se juntaron y comenzaron a besarse con pasión. Otra noche más de desenfreno para los dos. Otra noche más en la que el arquitecto huía de su propia soledad.

*Barrio de Salamanca (Madrid)*

*7 de mayo de 2016*

Cuando Don abrió los ojos, no encontró más que el rastro de perfume que su acompañante había dejado por el dormitorio. Echó la sábana hacia un lado y caminó semidesnudo hacia el salón. Miró el reloj digital del reproductor musical y después comprobó la nota que había sobre este:

«*HAY CAFÉ HECHO. MI TREN SALE A LAS DIEZ. UN BESO, SANDRA*».

Eran las once de la mañana, no esperaba que la chica se fuera tan pronto. Tal vez se lo dijera la noche anterior, tal vez no.

Don se tocó la frente y se meció el cabello hacia atrás. Aunque creía no haber bebido demasiado, sintió los efectos del cava manifestándose en su sien. Caminó hasta la cocina, agarró una aspirina y volcó agua sobre un vaso. Dejó la nota a un lado y encendió el teléfono mientras se tomaba la pastilla.

—Buenos días, señor Donoso —dijo la voz masculina de su chófer al otro lado del aparato—. ¿Planes para el sábado?

—En absoluto... —dijo con preocupación—. ¿Alguna novedad, Mariano?

—Señor... —respondió el conductor con voz rasgada—. Siento decirle que mis contactos no han encontrado nada... No hay rastros de nada, ni huellas dactilares.

—Diles que vuelvan a analizar los recortes, estoy seguro que tiene que haber algo.

—Como desee, señor... —dijo el hombre—. ¿Ha descansado?

—Este asunto no me deja pegar ojo.

—Pues debería —respondió—. El descanso es importante para mantenerse atento a... ya sabe, sus obligaciones.

El arquitecto suspiró por el micrófono. El chófer tenía razón, pero no se imaginaba lo difícil que era concentrarse con esa preocupación. Fuera quien fuese, había dado con él, con Ricardo Donoso, el hombre que escondía más de un

secreto. Eso lo ponía todo en peligro: su carrera, su pasado, su vida y su presente. La única solución era huir, bien lejos y desaparecer para siempre. Lo había pensado en otras ocasiones, en esos momentos en los que la vida aprieta como una soga poniéndonos a prueba. Pero no lo hizo, primero por su madre, después por él y, más tarde, por Marlena. Se maldijo a sí mismo por haberse descuidado ya que, de no haberlo hecho, esa conversación no estaría teniendo lugar.

Se despidieron y colgó. Don caminó hasta el equipo de música, sacó un compacto de Anton Bruckner y lo puso en el tocadiscos. Las primeras notas de la «Sinfonía nº4» inundaron el vacío del salón. El arquitecto giró la rueda del volumen cuando la sección de viento hizo temblar las paredes. El vello se le erizó. La música clásica siempre le había acompañado, pero sus razones eran algo particulares. La mayoría de los hombres de negocios que conocía, entendían la música clásica como un símbolo de distinción y clase. Muchos intentaban con esfuerzo y sin éxito apreciar un manjar que no estaba hecho para sus oídos. La música clásica se colaba en las altas esferas sociales como un símbolo de cultura y buen gusto, aunque para la mayoría no fuera más que otra aptitud a coleccionar, como la enología o el gusto por los coches clásicos. Sin embargo, para Don, era diferente, a pesar de que eso fuera lo que todos decían.

Era sabido que la música clásica podía amansar a una fiera. Los veterinarios utilizaban la música para tranquilizar a los animales en cautividad. Don no era muy diferente a ellos. A raíz del accidente con su padre, comenzó a entender muchas cosas. La causa por la que su padre hubiese caído en la bebida era la misma que llevaba a Don a escuchar la música a todo volumen, a dormir con mujeres con asiduidad y a controlar sus emociones más profundas. Las ansias por matar no eran consecuencia de un trauma mal gestionado. Al igual que Ernest Hemingway había terminado pegándose un tiro en la sien como su progenitor, los

trastornos mentales eran propensos a ser heredados. Don no tardó en darse cuenta de que su mente funcionaba de otro modo diferente al pautado por la sociedad. La violencia desgarrada de su padre no era más que la muestra de una lucha constante entre dos personalidades. Un trastorno bipolar como el de su hijo. Las personas tienden a pensar que los trastornos de personalidad se manifiestan como si fueran dos personas opuestas, pero no siempre es así. Su padre luchaba cada día contra una fuerza oscura que lo arrastraba desde las entrañas a los peores de los finales. Puede que su madre lo supiera y por esa misma razón no se atreviera a abandonarlo. Jamás se lo dijo. Cuando entendió el problema, era demasiado tarde y ella ya había fallecido. Ricardo era presa de su propia cautividad en una sociedad que, de conocer la verdad, solo le señalaría con el dedo para enviarlo al paredón.

Durante sus años universitarios, pasó cientos de horas como una rata de biblioteca buscando una solución que frenara un desenlace como el de su padre. Gracias a Sócrates, aprendió a formular las preguntas necesarias para entender sus impulsos y marcar los límites de sus acciones. Con las meditaciones de Séneca y Marco Aurelio se transformó en un estoico dejando las emociones a un lado y encontró el balance que mediaría sus días. Finalmente, con Maquiavelo aprendió a desenvolverse entre las esferas adineradas, los hombres de negocios y el mal que rodeaba a una sociedad de buenas intenciones aunque podrida por los intereses individuales.

Afligido, harto de culpar a su progenitor y a sí mismo por ser fruto de la monstruosidad divina, buscó la forma de devolver a la sociedad la porción del pastel que estaba dispuesto a tomar.

Don se proclamaría como el excelso representante de la justicia divina.

Sin embargo, desconocía que no sería el único interesado en ocupar ese lugar.

## CAPÍTULO 2

*Barrio de Palomas (Madrid)*

*9 de mayo de 2016*

Como cada lunes, se había levantado a las cinco y media de la mañana, leído las noticias, corrido siete kilómetros y realizado varias rutinas de ejercicios físicos. Tras una ducha, un café solo doble y una tostada de pan integral con aceite, Don había subido al vehículo que puntual esperaba en la puerta de su domicilio. Mariano le había puesto al corriente de su investigación exhaustiva en busca de señales, sospechas, pistas que llevaran a un nombre que conectara con la persona que había dejado el sobre con los recortes. Un día más, un dantesco infierno se abría bajo los pies del arquitecto.

—Me temo que se trata de profesionales —dijo el conductor con la mirada puesta en la carretera mientras el vehículo dejaba atrás las dos gigantescas torres de oficinas que vigilaban la capital española—. Ni siquiera sé cómo pudieron entrar.

—Eso ya no importa —respondió Don.

El chófer miró por el espejo retrovisor.

—Discúlpeme la impertinencia, pero... —dijo Mariano al volante—. ¿Qué contenía el sobre?

Un escalofrío recorrió las articulaciones del arquitecto. Apretó los labios y continuó con la mirada puesta en la ventanilla lateral. Como cualquier ser humano, Don ardía en deseos de contárselo a su empleado, de compartir la confi-

dencia, de contarle toda la verdad. Pero si algo le había enseñado la vida era a mantenerse callado y desconfiar de cualquiera. Por muy tentadora que fuese la situación, por mucho que el viento soplase a su favor y que la confianza brillara en el ojo ajeno, el ser humano tenía el defecto de ser emocional e imprevisible, una combinación tan devastadora como la nitroglicerina. Don era consciente de que Mariano era un hombre honesto, servicial y noble, se lo había demostrado hasta la fecha pero, como en la bolsa bursátil, el futuro siempre era incierto.

—Amenazas, ya se lo dije —respondió desazonado—. Será mejor olvidarlo y concentrarse en otros asuntos... Si sigo así, perderé la cordura.

—En efecto —dijo el chófer. Por la radio, el locutor de Radio Nacional de España 5 presentaba un concierto de piano en el que interpretarían, más tarde, piezas de Franz Liszt. Don agarró el diario de color salmón que había junto a su asiento y que Mariano se encargaba de comprar cada mañana.

Pasó las páginas, plagadas de noticias sobre economía, empresas y finanzas, hasta que leyó un titular que atrapó su atención.

—Fondos de inversión europeos buscan la rehabilitación de varios edificios en Berlín... —leyó en voz alta con el diario abierto de par en par—. Tal vez sea una buena oportunidad para levantar la moral del equipo.

—Apenas han pasado unos meses de lo de Riga... —dijo el conductor. El vehículo se aproximaba a las oficinas del estudio RD Arquitectos—. Después de todo, no dejó de ser un éxito la operación... en todos los sentidos, claro.

El arquitecto volvió a mirar la noticia.

—La pérdida del proyecto anterior en Alemania me dejó una espina clavada —confesó el arquitecto—. Con este proyecto, nos hemos coronado.

—Me alegro de que así haya sido, señor —respondió Mariano—. No siempre se gana, pero es parte del juego...

Usted lo sabe mejor que yo.

A Don no le gustaba perder y, mucho menos, que le llevaran la contraria. No obstante, percibió que su empleado intentaba protegerlo de algo, aunque no supiera el qué. Lo que el veterano desconocía era que Don había pasado el resto del fin de semana pensando en Marlena, una vez más. Las salidas nocturnas se habían reducido desde su regreso de Letonia. Algo en su interior le frenaba a dar el paso, regresar a esa cita que jamás debió terminar como lo hizo. La compañía femenina no resultaba suficiente. La tensión que existía entre los dos eliminaba cualquier impulso sexual con otra mujer que no fuese ella. Sin duda, sus sentimientos lo estaban mermando y sabía que no acabaría bien. La noticia de los fondos de inversión no era más que otro plano hipotético en el que imaginarse con Marlena, los dos juntos frente a un aparente viaje de negocios. Fuera de la ciudad, lejos de la vista de todos y en la neutralidad que siempre ofrecían ese tipo de actividades, Don se sentiría con las fuerzas suficientes para dar el paso. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un hombre más hipnotizado por sus sentimientos, por mucho que intentara rebelarse contra ellos. Sabía que Marlena le correspondía y que no opondría resistencia a sus encantos. Lo podía notar cuando se encontraban en la oficina, aunque el enfriamiento de los últimos meses hubiese distanciado la relación. En el peor de los casos, a pesar de sus deseos, adoptaría una posición cruda y zanjaría el asunto para siempre, por mucho que le pesara.

Cerró el periódico y el coche se detuvo. En la puerta del edificio de cristal no había nadie. Era demasiado pronto.

—Nos vemos más tarde, Mariano —dijo y se apeó del vehículo. Caminó hasta la entrada, introdujo una tarjeta digital y cruzó la recepción, que se encontraba también vacía. Aunque los empleados no llegaran hasta las siete y media de la mañana, le irritaba que nadie se tomara su trabajo con tanta seriedad como él. También era consciente de que una subida de sueldo no cambiaría las cosas. La motivación

salarial, como todo lo material en la vida, perdía su significado al cabo de un tiempo. Él lo sabía, había pasado de poner ladrillos a ver cómo otros los ponían. Nunca le importaron las posesiones, el estatus o la seguridad de guardar en la cuenta de un banco cientos de miles de euros que no había visto jamás. Solo ponía atención a las emociones que un puñado de billetes era capaz de mover en otras personas, poniéndolas en la dirección que uno deseaba. Pronto aprendió que, aquel capaz de controlarse a sí mismo, alcanzaría lo que se propusiera.

Una vez hubo abandonado el ascensor, caminó hasta su despacho sin dejar de observar la vacía sala de trabajo, repleta de escritorios de oficina, sillas giratorias y pantallas de ordenador. Se dirigió a la cocina, preparó un café en la máquina de cápsulas y percibió que algún empleado se había dejado una taza sin limpiar. Dudó en ser él quien la limpiara, pero iba vestido de traje y temía mancharse. Aquel objeto le produjo una gran irritación.

Una gran habitación de paredes transparentes por las que se podía contemplar la ciudad de Madrid a lo lejos. El sol se abría paso entre las nubes y llenaba los extremos de claridad. En menos de una hora, la habitación sería una olla a presión de estrés, sonidos de ratón informático y mecánografía. Para el arquitecto era bello contemplar cómo el talento y la concentración se unían de la mano para llevar a cabo creaciones tan bellas como las maquetas que las representaban en su oficina. Sin olvidar de dónde procedía, miró hacia la ciudad y deseó que todos aquellos, merdados en algún momento por sus propias limitaciones, supieran que la mente humana era invencible.

De pronto, se escucharon unos tacones.

Don miró su reloj de pulsera. Todavía faltaban treinta minutos para que la oficina abriera. Después se giró y vio con sus propios ojos que era Marlena quien caminaba por el pasillo. Estaba espléndida, cada día más. Esa mañana, Marlena llevaba unos pantalones de tela negra, una cha-

queta bajo el brazo y una blusa de color crema que dejaba a la vista sus hombros y esa piel oscura, propia del sur, que la hacía todavía más hermosa. Al arquitecto le entraron unas ganas enormes de morder lo alto de su hombro y sentir el olor de su piel, pero todavía se encontraba muy lejos de ese momento.

Sus miradas se encontraron en la distancia. Ella parecía sorprendida por el hecho de que su jefe estuviera ya allí. Lo que desconocía era que siempre llegaba el primero.

—Buenos días... Marlena —dijo Don con la taza en la mano y esbozó una sonrisa—. ¿Ha ocurrido algo?

Ella irguió la espalda y caminó hasta su escritorio.

—No, en absoluto... —respondió con un tono suave aunque distante. Dejó su bolso sobre la silla giratoria y puso chaqueta primaveral de piel negra sobre el respaldo—. He ido al gimnasio antes... Eso es todo. He acumulado estrés estos días.

Don arqueó las cejas.

—Vaya, no sabía que fueses al gimnasio.

Ella sonrió y encendió el ordenador.

—No eres el único que guarda secretos, jefe...

—No me llames jefe...

—Ricardo, como quieras —dijo ella mostrando las palmas de las manos—. Por cierto, ahora que no hay nadie... Me gustaría hablar contigo sobre algo.

El estómago de Don se encogió. Debía mantenerse alerta. Desconocía con qué le iba a salir Marlena.

—¿Es urgente? —Preguntó el arquitecto distanciándose unos pasos y dirigiéndose a su despacho—. Hoy también será un día duro.

Ella inclinó la cabeza. Parecía confundida.

—¿Hay algo que deba saber?

—¿Has leído las noticias? —Preguntó ofreciéndole el diario. Le estaba plantando un cebo. Marlena lo observó en la distancia y se tocó el las oscuras puntas de su cabello. El arquitecto sujetaba el diario de color salmón en la mano.

De un modo muy sutil, le estaba sugiriendo que se acercara a él, que rompiera esa distancia que tanto tiempo les había separado, pero ella no se sentía segura de lo que quería hacer. Con educación, caminó hasta su silla y se sentó en ella.

—¿Qué dicen? —Preguntó dándole la espalda a su jefe. Sabía que eso le podía costar caro, pero debía ser fuerte—. Madre mía, el correo hoy echa humo...

El español se acercó a ella dando varios pasos con el café enfriado en su mano. Luego dejó caer el periódico sobre el escritorio. De nuevo, Marlena se puso nerviosa por su presencia. Don le imponía respeto, ya no solo por ser quien daba las órdenes, sino también por todo el misterio que había tras él. Sin embargo, no estaba dispuesta a perder el puesto de trabajo por el que había luchado tanto. Temía ser un pasatiempo y que pronto él se cansara. Por tanto, debía caminar con pies de plomo.

—Ha salido la noticia sobre la renovación de edificios en Berlín —dijo el arquitecto a escasos metros de la silla—. Salimos en ella.

Marlena abrió el diario y pasó las páginas hasta encontrar la noticia.

—¿Salimos? —Preguntó ella mirando el titular—. Sale tu nombre, eso es todo.

—Hoy soy yo —respondió—. Mañana podemos ser los dos, nunca se sabe.

—Ya... —dijo la ingeniera decepcionada. Cerró el periódico y lo puso a un lado. Después se giró y miró a su jefe desde la silla—. ¿Qué haremos con el proyecto de la calle Serrano?

—Seguir adelante —dijo Don y se apoyó en el escritorio—. Aunque te voy a necesitar conmigo estos días. Debemos revisar que esté todo en orden antes de que empiecen las obras. Después, me gustaría ver los edificios por mí mismo.

—Acabas de regresar de Riga.